

## HABLA DON FÉLIX DÍAZ

PINTA LA FIGURA DEL GRAL. HUERTA, QUE, ANTES  
DE LA DECENA TRÁGICA, YA CONSPIRABA  
Para los hombres de la Ciudadela fue una sorpresa el  
nombramiento de Huerta como jefe militar de la plaza

EL GENERAL DÍAZ COMENTA LA MUERTE DEL SR. MADERO  
“Fue cosa de borrachera”, dice, y agrega que “Huerta era capaz de todo”  
Narra también su aventura de Monterrey

Un hombre pequeño de cuerpo, de espaldas vigorosas, que aparenta unos 52 años de edad, es don Félix Díaz.

El cabello entrecano; el bigote, recortado y negro; los ojos oscuros, la mirada serena, pero viva, el general Félix Díaz llena con su nombre y con sus hechos páginas muy importantes de la historia y la política contemporánea.

Alejado del mundo en el que actuó tan prominentemente, don Félix reside en este puerto, haciendo vida de modesto rentista. En el fondo de un jardín tropical, en el que se encuentra toda una variedad de crotos, está la sencilla casa del general Félix Díaz; tan sencilla es la casa como es el hombre.

¿Es este caballero quien dirigió la rebelión de Veracruz primero y después la llamada de la Ciudadela en la Ciudad de México?

*Las rupturas en el constitucionalismo*

¿Es este caballero quien anduvo en las montañas mexicanas al frente de soldados, operando contra el régimen carrancista?

Éstas y otras son las preguntas que surgen conforme se avanza en la plática; en una plática en la que sorprende que, quien desempeñó tan importante papel en la política mexicana, no se expresa mal de nadie, pues apenas si se le escucha alguna exclamación contra el general Victoriano Huerta.

### SERENIDAD Y BUENA MEMORIA

Y la serenidad en este caballero es más admirable cuando se descubre que posee una memoria privilegiada. Recuerda los días, las horas, los nombres no solamente de jefes y amigos principales, sino de los subalternos. Y es más admirable la serenidad en el general Félix Díaz, cuando se sabe que la mayor parte de los hombres que tienen buena memoria son rencorosos; que no olvidan los males que se les han hecho.

Si es el perdón el que don Félix ha otorgado a sus enemigos, cuando para ellos no tiene ni una media palabra de odio o de desprecio, no lo sabemos; pero que no es capaz de pronunciar una palabra descompuesta que revele un estado de ánimo de rencor, eso sí lo podemos saber, cuando en dos horas de conversación hemos ido con él de uno a otro punto de la vida mexicana a partir de 1910 y hasta el año de 1920, cuando fue aprehendido en el estado de Veracruz y expulsado de territorio mexicano.

Diecisiete años vivió el general Díaz en el extranjero. Regresó silenciosamente; se instaló en Veracruz. Era todo lo que quería: volver a su país para vivir apartado del mundo en el que fue prominente figura, y al que no volverá nunca más.

Veracruz le sienta bien. Vive rodeado de amigos y de familiares; no cree posible abandonar el puerto. ¿Para qué?

—*Aquí eché anclas* —nos dice.

Su vida, a partir de 1911, y durante nueve años, fue muy azarosa. Una y muchas veces estuvo expuesto a perderla.

—*¿Es cierto* —le preguntamos— *que usted cayó en poder de los carrancistas; que éstos lo llevaron a un consejo de guerra y que no lo reconocieron, poniéndolo en libertad?*

—*Es cierto* —responde.

—Pero —objetamos— es que el general Pablo González nos ha asegurado que usted sí fue reconocido, a pesar de lo cual, no queriéndole hacer daño lo pusieron en libertad.

Ríe don Félix, y comenta:

—Si me hubieran reconocido, no me perdonan la vida....

## EL FAMOSO EPISODIO

Cuenta entonces el famoso episodio. Embarcó en un puerto de los Estados Unidos, en un yate llamado *Providencia*, para dirigirse a un punto en el norte de Veracruz, donde le esperaban sus partidarios. El *Providencia* naufragó en las cercanías de la desembocadura del Bravo. Los expedicionarios eran seis y, al verse perdidos, enterraron las armas y las municiones que conducían. Dos de los tripulantes lograron marchar a los Estados Unidos; los otros cuatro, entre los que estaba don Félix, fueron capturados por los carrancistas.

Fueron conducidos a Matamoros, pero los captores cometieron la imprudencia de dejar juntos a los cuatro prisioneros, de tal manera que entre los cuatro se pusieron de acuerdo sobre lo que habrían de decir.

Don Félix eligió un nombre cualquiera, dijo ser un aventurero que iba a hacer negocios al puerto de Veracruz. Los carrancistas lo creyeron y llevaron a los presos a un consejo de guerra instalado en Monterrey.

Durante el tiempo que el general Díaz estuvo detenido en la penitenciaría de Monterrey, diariamente tomaba baños de sol con el objeto de tostar su rostro y evitar que lo reconocieran sus enemigos. Vestía tan humildemente que nadie pudo pensar que se trataba del jefe del movimiento de la Ciudadela.

## EL CONSEJO DE GUERRA

En el consejo de guerra, los cuatro prisioneros fueron severamente examinados, pero hubo un momento en que don Félix se creyó descubierto. El presidente del consejo le preguntó:

—¿Conoce usted a Félix Díaz?

El interrogado se sintió perdido. Siendo él Félix Díaz, qué habría de contestar. Rápidamente recapacitó:

—Sí, sí conozco al general Félix Díaz.

—¿A dónde lo conoció usted? —insistió el presidente del consejo.

—En la Ciudad de México, cuando Félix Díaz era inspector de policía.

Don Félix creyó que de seguir este interrogatorio estaría perdido, pero el interrogador cambió de tema. El general Díaz estaba salvado.

Los cuatro prisioneros quedaron en libertad por falta de méritos. Don Félix permaneció varios días en Monterrey y luego, vistiendo las más humildes ropas, tomó el tren para la Ciudad de México. Allí estuvo unas semanas; habló con sus amigos de confianza, quienes apenas podían creer lo que había pasado.

De México salió disfrazado para marchar al sur. Fue a Oaxaca, luego a Chiapas, hasta la frontera con Guatemala. Regresó a territorio oaxaqueño y estuvo operando hasta 1920, cuando fue prisionero, llevado a un consejo de guerra, absuelto, pero a continuación expulsado del país.

—¿Y es verdad —le preguntamos— que al ser usted embarcado a Veracruz rumbo al destierro, el presidente De la Huerta le mandó cincuenta mil pesos?

—No tuve ninguna noticia a ese respecto; y si la hubiera tenido, habría rechazado el dinero —dice.

## UN MENSAJE DUDOSO DE MADERO

Don Félix sigue haciendo aclaraciones muy importantes, y al preguntársele si cree que el presidente Madero haya ordenado su fusilamiento, al ser capturado en Veracruz en 1912, queda silencioso.

La única prueba presentada hasta hoy sobre la orden que se ha dicho expidió el señor Madero, es un telegrama que ha hecho público el general Joaquín Beltrán.

—Conozco ese telegrama —interrumpe.

—¿Cree usted en su autenticidad? —interrogamos.

No lo quiere discutir; pero sí desea nuestra opinión.

Expresamos entonces que es muy raro que un mensaje de tal naturaleza, en el que se ordenaba el fusilamiento de un general, a pesar de que éste estaba amparado por la Suprema Corte de Justicia, no hubiese sido un mensaje cifrado.

—Es cierto —confirma.

Explicamos que el número de palabras que indica la orden telegráfica no corresponde al número de palabras.

—*Es cierto* —agrega don Félix.

Hacemos saber que obra en nuestro poder un certificado de quien fuera telegrafista oficial en el Castillo de Chapultepec no solamente negando haber transmitido tal mensaje, sino también haciendo ver que se trata de un documento apócrifo.

—*Todo puede ser cuando las pasiones están exaltadas* —comenta sereno.

#### MADERO, TRAICIONADO

A continuación, el general Félix Díaz hace saber que no fue más que una vez cuando habló con el señor Madero. Fue con motivo de algún negocio privado, y siendo ya Madero presidente de la República.

Cuando pronuncia el nombre del señor Madero, no hay el menor asomo de odio o de disgusto, y ante nuestro asombro asienta que el presidente Madero fue traicionado. ¿Por quién? Por el general Victoriano Huerta.

Antes de que estallara la sublevación del 13 de febrero, el general Huerta ya estaba en contacto con los conspiradores. Entre éstos, la presencia de Huerta había causado numerosos disgustos; nadie le confiaba. Lo tenían por hombre capaz de todo y lleno de grandes y terribles ambiciones. Encontrándose los pronunciados en la Ciudadela, fue para ellos una sorpresa saber que el general Huerta había sido nombrado comandante militar de la Ciudad de México.

¿Cómo era posible que Huerta, conspirador contra el gobierno del señor Madero, hubiese sido nombrado para ocupar el más alto puesto militar del gobierno?

Desde aquel momento, el general Huerta dejaba de tener ligas con los pronunciados; pero esto no quería decir —y así lo creían los sublevados— que Huerta estuviese dispuesto a defender el gobierno del señor Madero.

—*Huerta se dispuso a acabarnos; y de haber podido, nos hubiera acabado; pero no para dar el triunfo al gobierno del señor Madero, sino para quedarse él con la presidencia de la República* —dice el general Díaz, agregando—: *Huerta no pudo acabarnos, y fue entonces cuando volvió a entrar en tratos con la Ciudadela.*

## LA DECENA TRÁGICA

Don Félix parece volver a los días de la Decena Trágica. El enemigo de un gobierno combatía franca y abiertamente ese régimen. En su actitud había resolución y claridad. Pero, ¿el general Huerta? Huerta servía a un gobierno contra el que había conspirado y seguía conspirando durante la guerra desatada en la Ciudad de México.

Caído el gobierno del señor Madero, habiendo renunciado éste a la presidencia de la República; dominado aparentemente el país por el gobierno encabezado por el general Huerta, ¿qué objeto podía tener asesinar al señor Madero?

—*Fue cosa de borrachera...* —comenta el general Félix Díaz.

—*¿Cree usted, general, que fue Huerta quien dio la orden para el asesinato de los señores Madero y Pino Suárez?* —le preguntamos.

Vuelve a comentar con palabras tan firmes, que no dan lugar a dudas:

—*Fue cosa de borrachera...*

El general Díaz conoció y trató, años antes de los acontecimientos a que se refiere, al general Huerta. Sabía de sus capacidades, de sus vicios, de sus ambiciones; y con un gesto un tanto despectivo, nos dice:

—*Huerta era capaz de todo...*

Hay otras palabras trascendentales que pronuncia el general Díaz; pero sin su autorización para darlas a conocer, será necesario esperar la publicación de documentos que será hecha en un futuro cercano.

## NO QUIERE OCULTAR NADA

Hombre limpio, el general Díaz no parece ocultar ni querer ocultar nada. Cuando se le conduce a los capítulos que pudieran ser los más escabrosos de una vida política, contesta siempre con la misma serenidad, con igual aplomo. Ni titubeo, ni una disculpa de no poder contestar.

Sobre el pasado está su tranquilidad, prueba evidente de su buena fe; de que su actuación, equivocada o no, fue conducida por un anhelo de ser útil a su país.

Su deseo actual, es manifiesto: quiere vivir alejado del mundo en que actuó; quiere vivir en el puerto en donde ha echado anclas; en el que tiene una

modesta casita sobre la Avenida Díaz Mirón, y la que hace sentir el goce de la tierra tropical.

Viéndole a su rostro apacible, a su mirada un tanto soñadora, se explica uno cómo tuvo tantos amigos y partidarios, y cómo en él se vio la posibilidad de cimentar un México de orden.

Las experiencias por él sufridas fueron muchas; algunas dolorosas. Una y varias veces fue abandonado por quienes le seguían. Tuvo que caminar por las montañas seguido por unos cuantos fieles, perseguido por cientos de enemigos.

Cualquiera creería que en el hombre, todos aquellos desengaños habrían dejado hondas huellas en su moral. Nada de esto. Sano físicamente, el general Díaz da el aspecto de ser un hombre también moralmente sano.

¿De su responsabilidad en 1913? ¡Quién sabe! Son tantas y tantas las circunstancias que hacen vivir o morir a los hombres.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 7 de abril de 1940, año XIV, núm. 205, pp. 1-2.